

editorial

Murió Jorge Dotti y su ausencia abre un vacío. Un vacío en el mundo de la filosofía política argentina. También un vacío en las vidas de quienes nos formamos a su lado. La tristeza que nos produce su muerte se parece mucho a la sensación de desamparo. Nos sentimos un poco huérfanos. Un poco más solos. ¿Por qué? ¿Quién fue, quién es, Jorge Dotti para nosotros? La pregunta se ha impuesto entre quienes hacemos esta revista y quisimos dedicar este editorial, que inaugura nuestro séptimo número, a ensayar una respuesta.

Para todos nosotros –un nosotros en el que se encuentran representadas varias generaciones de graduados y estudiantes de la carrera de filosofía de la UBA– Dotti fue, en primer lugar, un profesor excepcional. Sus clases eran diferentes. Es frecuente escuchar decir a los profesores de filosofía –repetiendo el famoso anuncio del curso de Kant– que el objetivo de sus clases no es transmitir una determinada doctrina, que no pretenden que los alumnos repitan frases aprendidas de memoria, sino que aspiran a enseñar a pensar. Dotti lo lograba de la mejor manera: mediante el ejemplo. Él mostraba cómo se hacía. Asistir a sus clases era presenciar el espectáculo del pensamiento, sin pompa, sin efectos especiales, sin bromas preparadas, sin ningún gesto demagógico. Su programa de Filosofía Política en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA –materia de la cual era titular desde hace años– incluía la *Ciencia de la Lógica* de Hegel. La leía en clase y, mientras leía, pensaba. No repetía maquinalmente los pasos de un recorrido que, obviamente, había transitado muchísimas veces. Mientras leía, se enfrentaba al texto con rigor, con sin-

ceridad y con energía. Nos enseñó qué significa leer filosóficamente. Nos contagió el entusiasmo con el que lo hacía. La generosidad de esa enseñanza nos deja para siempre en deuda con él.

Además de enseñarnos a leer e inspirarnos a pensar, Jorge Dotti nos enseñó mucho acerca de lo que es la filosofía y acerca de lo que es la política. El gran problema al que se enfrenta la filosofía, decía, es el problema de la relación entre lo universal y lo particular. Y sin Estado, decía también, no hay política. La filosofía política es, por lo tanto, esencialmente, una reflexión acerca del Estado y acerca de su papel como mediador entre lo particular y lo universal. No por nada insistía en incluir en el programa de Filosofía Política un texto plenamente especulativo (la *Ciencia de la Lógica* llegó a ocupar un setenta por ciento de sus clases): cada concepción del Estado implica cierta –y rigurosa– metafísica. Contra las posturas tecnócratas y economicistas que argumentan a favor de la eliminación de la estructura estatal, Dotti nos dio herramientas teóricas para pensar críticamente el liberalismo sin caer en ilusiones utópicas. Contra las interpretaciones livianas de lo político, nos mostró la importancia de la perspectiva plenamente filosófica.

Jorge Dotti fue también un extraordinario investigador. Su obra no sólo es extensa, sino profundamente original. Siempre concentrado en la problemática de la filosofía política, se dedicó a investigar cuestiones y autores novedosos en nuestro ámbito académico. Dotti se atrevió a desafiar los prejuicios que obstaculizaban el estudio de ciertas figuras –como Carl Schmitt–. También abordó problemas poco transitados y muchas veces, incluso, excluidos de nuestro ámbito, como la cuestión de la recepción en la Argentina de ciertas doctrinas –además de la recepción de C. Schmitt, se ocupó de la recepción de Kant en el siglo XIX y comienzos del XX en nuestro territorio–. Su modo de leer, que deslumbraba a sus estudiantes, su modo de establecer conexiones fecundas entre ideas, su manera de iluminar los conceptos, su costumbre de pensar por sí mismo, dieron como resultado libros, prefacios, capítulos y artículos de altísimo nivel. Los premios y reconocimientos que recibió durante su vida quizás no alcancen para dar cuenta de la magnitud de su aporte. Como investigador, Dotti fue un filósofo, no un mero intérprete ni un simple comentador. Sus investigaciones no sólo enriquecieron el conocimiento en su área específica sino que además abrieron nuevos campos de estudios, posibilitaron otras investigaciones.

Quienes trabajaron bajo su dirección en el marco institucional del doctorado, del posdoctorado o como investigadores en CONICET, también gozaron de esa libertad, que es condición de posibilidad de la creatividad, que caracterizó todos sus proyectos pero que se conquistaba, por supuesto, a fuerza de rigor, compromiso y trabajo. Dotti era un profesor exigente. Pero era también un ser humano cálido y cariñoso. Tenía un gran sentido del humor. Y por sobre todas las cosas, era una persona sumamente humilde.

El interés de Jorge Dotti por la filosofía política y, principalmente, por pensar el Estado, se mostraba en sus clases y en sus trabajos de investigación. Pero también lo hacía fuera del ámbito a veces demasiado estrecho de la universidad y la academia. Una de las vías de expresión de este interés, y uno de sus grandes aportes a la discusión teórica, fue la revista *Deus Mortalis. Cuadernos de filosofía política*, fundada en 2003 y dirigida por él. La pluralidad de enfoques y posturas representados en los textos que, a lo largo de los años, aparecieron en esa revista son un signo innegable de su vocación por el pensamiento y su compromiso con la discusión, incluso cuando sus propias ideas eran objeto de cuestionamiento y crítica. No sólo predicó sino que puso en práctica la máxima según la cual es importante leer y entender a quienes defienden posturas contrarias a las propias.

Pero su práctica política no se agotó allí. Se interesó también por la coyuntura. Reflexionó críticamente acerca del presente, acerca de nuestro presente, y se atrevió a expresar sus ideas al respecto. Es memorable que, en diciembre de 2016, en ocasión de recibir el Premio Houssay a la Trayectoria, firmó, junto con los otros investigadores premiados, una carta dirigida al ministro Baraño y al Presidente Mauricio Macri, en la que expresaban su preocupación y su rechazo frente a los recortes de las partidas presupuestarias destinadas a los organismos que componen el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología de nuestro país. También en las ocasiones en que aceptó la invitación a aparecer en algún medio de comunicación masivo, lo hizo siempre sin concesiones, sin abandonar el pensamiento riguroso y profundo, sin caer en lugares comunes ni en la tentación –irresistible para tantos– de decir lo que otros quieren escuchar. Dotti llevó el discurso filosófico –con su cadencia, con su complejidad– a ámbitos en los que suelen reinar otros valores, mucho menos formativos, mucho más mercenarios. El resultado fue usualmente disruptivo e incómodo, pero siempre enriquecedor, al menos para quienes supieron entenderlo.

En el segundo editorial de *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*, intentando descifrar una situación política y cultural que nos dejaba perplejos, decíamos que el objetivo del marketing y la publicidad era “reemplazar los conceptos concretos por abstracciones y generalizaciones abstractas, fórmulas o técnicas de sentido común que resultan ser válidas para cualquier tiempo y espacio, que valen para cualquier particular y que, en última instancia, no dicen nada, pero que precisamente por este rasgo abstracto luego se asemejan a las secuencias letales de pseudo-auto-ayuda de los organismos financieros internacionales”. Ese era nuestro diagnóstico de la situación en 2016 y sigue siéndolo en la actualidad. En ese momento, lejos de rendirnos, nos propusimos el objetivo de redoblar nuestros esfuerzos en una tarea específica, la tarea que animó la creación de esta revista y que reivindicamos en cada número: la creación de *Ideas*. “*Ideas* que concreten nuestros mejores sueños ilustrados,” decíamos, “pero que al mismo tiempo tengan ese componente emocional, de extrema sensibilidad que deben necesariamente tocar para no ser formas muertas”. La impronta de Dotti puede leerse en cada una de esas palabras, como en muchas otras de esta producción colectiva que son los textos editoriales. La idea de que el Estado sea el ámbito posible de la libertad y la realización humanas, y no un mero aparato de dominación ni el simple garante de una vida segura y sin obstáculos, quizás nunca habría surgido en nuestras mentes sin su serena convicción y la rigurosa exposición de lo que él entendía como único sinónimo de la política: el *Deus mortalis*.

Además de su influencia teórica, Jorge Dotti encarna todo lo que consideramos que debe ser un filósofo. Un profesor generoso. Un lector sincero. Un investigador creativo. Un pensador comprometido. Es para nosotros un ejemplo, un modelo, una inspiración. Fue un honor contarle entre los miembros del Comité Asesor de nuestra revista y allí permanecerá, marcando la insistencia de su figura en estas páginas. Su partida, a los 71 años, fue inesperada. Y quienes todavía lo necesitábamos no podemos sino considerarla prematura.

Queremos seguir aprendiendo de Jorge Dotti. Queremos seguir dialogando y discutiendo con él. Es por ello que, en el próximo número, dedicaremos una sección a debatir sus ideas; lo cual, además de ser un humilde homenaje, quizá sirva para consolarnos y para seguir adelante, convenciéndonos de que su legado sigue y seguirá siempre vivo.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea